

—¿No sabéis que es de mi hijo?—  
Con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando á María  
Todos el labio sellaron ;  
Mas luego una voz impía :  
—Los indios lo degollaron—  
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
Cual se quiebra seco tallo  
Al menor soplo de viento,  
Ó como herida del rayo,  
Cayó exámine á sus pies.  
Al verla caer, turbados,  
Los animosos soldados  
Una lágrima vertieron,  
Y en torno á su cuerpo hicieron  
Mudo círculo después.

Aquella trama formada  
De la hebra más delicada,  
Cuyo espíritu robusto  
Lo más acerbo é injusto  
De la adversidad probó,  
Un soplo débil deshizo :  
Dios para amar, sin duda, hizo  
Un corazón tan sensible;  
Palpitar le fué imposible  
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!  
¡Cuál entraña te abortara!  
Mover al tigre pudiera  
Su vista sola ; y no hallara  
En tí alguna compasión,  
Tanta miseria y conflicto,  
Ni aquel su materno grito ;  
Y como flecha saliste,

Y en lo más profundo heriste  
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones  
De un mar de tribulaciones  
Ella arrojó ; y la agonía  
Saboreó su fantasía,  
Y el punzante frenesí  
De la esperanza insaciable,  
Que en pos de un deseo vuela ;  
No alcanza el blanco inefable,  
Se irrita en vano y desvela ;  
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,  
Sus ilusiones volaron,  
Y sus deseos con ellas ;  
Sola y triste la dejaron  
Sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba á su desventura  
Un amor, una esperanza,  
Un astro en la noche oscura,  
Un destello de bonanza,  
Un corazón que querer,

Una voz cuya armonía  
Adormecerla podría ;  
Á su llorar un testigo,  
Á su miseria un abrigo,  
Á sus ojos qué mirar.  
Quedaba á su amor desnudo  
Un hijo, un vástago tierno ;  
Encontrarlo aquí no pudo,  
Y su alma al regazo eterno  
Lo fué volando á buscar.

Murió ; por siempre cerrados  
Están sus ojos cansados  
De errar por llanura y cielo,

De sufrir tanto desvelo,  
De afanar sin conseguir.  
El atractivo está yerto  
De su mirar: ya el desierto,  
Su último asilo, los astros  
De tan hechiceros rastros  
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
Aparece nuevamente  
Un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
Rosada, entre nieve brilla,  
Y revive en su semblante  
La frescura rozagante  
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
Y estampó en su rostro hermoso  
Aquel infame hechizo,  
Inalterable reposo,  
Y sonrisa angelical,  
Que destellan las facciones  
De una virgen en su lecho,  
Cuando las tristes pasiones  
No han ajado de su pecho  
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,  
Dormida ¡oh Dios! la creyera;  
Deleitándose en el sueño  
Con memorias de su dueño,  
Llenas de felicidad;  
Soñando en la alba lucida  
Del banquete de la vida  
Que sonríe á su amor puro:

Mas ¡ay! que en el seno oscuro  
Duerme de la eternidad.

EPÍLOGO

¡Oh María! Tu heroísmo,  
Tu varonil fortaleza,  
Tu juventud y belleza  
Merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor, el abismo  
Fatal tus ojos no vieron,  
Y sin vacilar se hundieron  
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía  
Salvar quisiste á tu amante,  
Y lo viste delirante  
En el desierto morir  
¡Cuál tu congoja sería!  
¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
Que te ayudara á sentir.

Se malogró tu esperanza,  
Y cuando sola te viste,  
También mísera caíste,  
Como árbol cuya raíz  
En la tierra ya no afianza  
Su pompa y florido ornato:  
Nada supo el mundo ingrato  
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta,  
Como diamante en la mina  
La belleza peregrina  
De tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,

Tumba sublime y grandiosa,  
Do el héroe también reposa  
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
Fué amar, amor tu delirio,  
Amor causó tu martirio,  
Te dió sobrehumano sér ;  
Y amor en edad florida,  
Sofocó la pasión tierna,  
Que omnipotencia de eterna  
Trajo consigo al nacer.

Pero no triunfa el olvido,  
De amor, ¡oh bella María!  
Que la vírgen poesía  
Corona te forma ya  
De ciprés entretejido  
Con flores que nunca mueren ;  
Y que admiren y veneren  
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
Inhospitable morada,  
Que no siempre sosegada  
Mira el astro de la luz ;  
Descollando en una altura,  
Entre agreste flor y yerba,  
Hoy el caminante observa  
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
La copa extensa y tupida  
De un ombú (1), donde se anida

---

(1) Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras, como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

La altiva águila real;  
Y la varia muchedumbre  
De aves que cría el desierto,  
Se pone en ella á cubierto  
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano  
Plantó aquel árbol benigno,  
Ni quién á su sombra el signo  
Puso de la redención.  
Cuando el cautivo cristiano  
Se acerca á aquellos lugares,  
Recordando sus hogares  
Se postra á hacer oración.

Fama es que la tribu errante;  
Si hasta allí llega embebida  
En la caza apetecida  
De la gama y avestruz,  
Al ver del ombú gigante  
La verdosa cabellera,  
Suelta al potro la carrera  
Gritando:—¡ Allí está la cruz!—

Y revuelve atrás la vista,  
Como quien huye aterrado,  
Creyendo se alza el airado,  
Terrible espectro de Brián.  
Pálido el indio exorcista  
El fatídico árbol nombra.  
Ni á hollar se atreven su sombra  
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado  
Cuenta, que en la noche oscura  
Suelen en aquella altura  
Dos *lucos* aparecer;  
Que salen y habiendo errado  
Por el desierto tranquilo,

Juntas á su triste asilo  
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes  
Serán del páramo aéreo,  
Quizá espíritus, ¡misterio!  
Visiones del alma son.  
Quizá los sueños brillantes  
De la inquieta fantasía  
Forman coro en la armonía  
De la invisible creación.

### Á LA JUVENTUD ARGENTINA.

#### I.

Compañeros, salud; al fin, exento  
De esperanza ó temor, mi pensamiento  
Rompe el sueño fatal que le oprimía,  
Y en medio del silencio pavoroso  
Osa hablaros, con eco poderoso,  
De patria y libertad la musa mía.

¿Y podré acaso refrenar mi lengua  
Cuando el luto y la mengua  
De la mísera patria estoy mirando?  
¿Cuando, sólo en su mal los ojos fijos,  
Gimen y callan sus bastardos hijos  
Sus antiguas virtudes olvidando?

¿Cuando, dado al temor y al egoísmo,  
Ve sentarse, paciente, al despotismo  
Sobre el trono sagrado de sus leyes,  
Un pueblo que fué libre, y cuya espada,  
Con gloria y con honor siempre vibrada,  
Hizo temblar á los ilicuos reyes?

¿Cuando á la faz del mundo impunemente  
Una turba venal, necia, impudente,  
Instrumentos estúpidos de un hombre,  
Hoy se atreve á vender nuestros derechos  
Conquistados con sangre y con mil hechos  
Dignos de admiración y de renombre?

¿Cuando la raza humana conmovida  
Marcha al soplo de Dios, y nueva vida  
Recobran las naciones de ambos mundos,  
Mientras se encorva humilde el argentino,  
Hollar dejando su blasón divino  
Á un ható de satélites inmundos?

No; salga al fin mi incorruptible acento,  
Y convierta en coraje al desaliento,  
Y subleve al espíritu abatido  
Contra todo poder que injusto oprima,  
Y este fuego sagrado que me anima  
Castigue al opresor y al oprimido.

#### II.

¿No los veis, no los veis, compañeros?  
Ya caminan mostrando altaneros  
Por divisa sanguíneo color;  
Ya levantan el grito perjuro,  
Y en sus hombros un ídolo impuro  
Llevan de odio, exterminio y rencor.

Preguntad á esos viles traidores  
Si celebran con esos clamores  
De la patria algún triunfo marcial.  
Preguntad si su frente lavaron,  
Si en el campo de honor conquistaron,  
Combatiendo, algún lauro inmortal.

No, dirán; nuestro triunfo es más grande  
Que el que escrito en la cima del Ande  
El acero argentino dejó;  
Nuestro brazo abatió al patriotismo,  
Y de nuevo exhumó al despotismo  
Del sepulcro en que Mayo lo hundió.

¿No miráis? Ya del monstruo arrogante  
La deforme cabeza triunfante  
En el solio se ve de la ley.  
Nuestros fueros son ya sus antojos,  
Y apacienta en nosotros sus ojos  
Como mansa y estúpida grey.

¿Y esto sufre un gran pueblo, paciente,  
Con infamia del siglo presente,  
Cuando puede morir con honor?  
¿Esto sufre y gimiendo se humilla,  
Cuando ve la terrible cuchilla  
Amagar con siniestro fulgor?

III.

Sí; el cuello doble abatido  
Al castigo merecido  
El Pueblo que ha preferido  
La tiranía á la ley;  
Pues lo tolera villano,  
Sufra el azote inhumano  
De un compatriota tirano  
Quien romper supo el de un rey.

Que su real, noble ropaje  
Manche, pisotee y aje;  
Que lo envilezca y ultraje  
Como al esclavo el señor;

Que á su lengua maldiciente  
Ponga mordaza, y el diente  
De la ironía insolente  
Le muestre al ver su furor.

Que se ría de sus penas;  
Con el sudor de sus venas  
Doble el peso á sus cadenas,  
Nutra su turba voraz;  
Que dé á la razón tormento,  
Y anonade el pensamiento,  
Tomando por instrumento  
La superstición falaz.

Que la sangre corra á ríos  
Para hartar los desvarios  
De sus enconos sombríos,  
De su barbarie feroz;  
Y que la infame ralea,  
Que lo sostiene y rodea,  
Y á quien huella y bofetea,  
Hiera, asesine á su voz.

Que á la venganza del mundo,  
Todo exangüe y moribundo,  
Te saque el Tirano inmundo  
Del siglo á ser irrisión,  
Oh Pueblo, y con rojos lazos  
Orne tus sienes y brazos,  
Y á su vista mil pedazos  
Haga tu heroico blasón.

Rememora tu grandeza  
Para sentir la tristeza  
Del abismo de vileza  
Do te hundió tu insensatez;  
¿Cinco lustros vanamente  
Uno y otro continente

No te llamó independiente,  
No admiró tu intrepidez?

Dime, oh Pueblo soberano,  
¿Qué hiciste de ellos liviano  
Cuando tuviste en la mano  
Tu destino y porvenir?  
Despedazarte cual fiera,  
Dar la palma lisonjera  
Á la ignorancia rastrera,  
Al ingenio perseguir;

Á tus ilustres varones  
Pagar con muerte y baldones,  
Y merecer maldiciones  
De los que te dieron ser;  
Á las madres dejar llanto,  
Al patriotismo quebranto,  
Á tus hijos sólo espanto,  
Sólo hierro que romper.

IV.

Digno premio á tu gloria y tu demencia,  
Digno ejemplo á tu prole, digna herencia;  
Mas no fué crimen tuyo, te engañaron;  
Tu ignorancia y pasiones sedujeron,  
Los que de tu honra y sangre avaros fueron,  
Y de tu ciego error se aprovecharon.

De ellos el crimen es, tuya la mengua,  
Tuyo el largo sufrir; así mi lengua  
Sólo infamar quisiera á los malvados;  
Pero la voz de la justicia austera  
Dice que el despotismo sólo impera  
Sobre pueblos cobardes ó estragados.

V.

Aceptemos el don, compañeros,  
Como ejemplo elocuente y terrible,  
Y en las almas altar invisible  
Elevemos á la *Libertad*;  
Demos culto á su imagen secreto,  
Mientras yace la Patria querida  
En el mar de miseria sumida  
Do la hundió la más negra maldad.

Reine, mande á esos seres innobles  
En buen hora el feroz despotismo;  
Pero sepa que aun hay patriotismo,  
Y que hierve en silencio el volcán;  
De esa turba que besa su planta  
Vil reciba alabanzas impuras;  
Pero sepa que vivas y puras  
Las virtudes heroicas están.

Por tener una patria y ser libres  
Nuestros padres valientes lucharon,  
Y gloriosos sus armas llevaron  
Desde el Plata al Pacífico mar;  
Con su sangre y su vida preciosa  
La corona del triunfo obtuvieron,  
Y en herencia á sus hijos quisieron  
Leyes, patria, derechos dejar.

Pero vano fué todo, y vosotros,  
De la patria mirando el desdoro,  
Lloraréis el precioso tesoro  
Que os robara una inicua facción;  
Ella puso á merced de un tirano  
Vuestras leyes, derechos y vida,  
Y os insulta y amaga atrevida  
Porque osáis arrostrar la opresión.

Arrostradla, y lanzad anatema  
Contra el bando de necios traidores  
Que imagina con viejos errores  
El progreso del siglo atajar;  
Arrostradla, y con ella luchando,  
Á ese Pueblo que atónito gime  
Dad al menos ejemplo sublime;  
No dejéis vuestro honor mancillar.

De los héroes de Mayo sois hijos,  
No herederos de sangre de esclavos;  
Digna prole de raza de bravos  
Para bien de la Patria seréis;  
Si á su esfuerzo debió ella la vida,  
Si renombre la espada le diera,  
Del saber la corona os espera:  
Feliz, libre, ilustrada la haréis.

¿Ignoráis, por acaso, la suerte  
Que esa turba ignorante os destina?  
Que arrastréis una vida mezquina,  
Que de parias sufráis el baldón.  
El pensar es un crimen para ellos,  
Abrigar alma noble, demencia,  
Detestar la opresión, insolencia,  
Pronunciar Libertad, rebelión.

¡Maldición! ¿Pretendéis, miserables,  
Poner freno al fugaz pensamiento?  
¿No sabéis que terrible y violento  
Rompe al cabo cual fiero huracán?  
¿No sabéis que la lava oprimida  
Largo tiempo rebulle y fermenta,  
Pero al fin inflamada revienta  
Por la boca del negro volcán?

VI.

¡Compañeros, salud! la tiranía,  
Más injusta y audaz que la que un día  
Desplomó sobre América la Iberia,  
Hoy con ella ambiciona embrutecernos,  
Apagar la razón y envilecernos,  
Para afirmar su reino en la miseria.

Gimen vuestros hermanos y suspiran,  
Y el astro hermoso de la Patria miran  
Entre nubes perderse enrojecido,  
Marchitarse su gloria y sus laureles,  
Y el numen que acataron siempre fieles  
Á los Andes volar despavorido.

Allí se burla del horrible encono  
De las pasiones viles, sobre trono  
De nieve sempiterna, y con su escudo  
El vasto mundo de Colón cubriendo,  
Y torrentes de luz siempre vertiendo,  
Hace la guerra al despotismo rudo.

Empero ahora de la Patria nuestra  
Vosotros, compañeros, sois la diestra,  
La esperanza y el muro do se estrelle  
Su efímero poder; hasta que henchida  
Rompa la indignación como avenida,  
Liberte, arrase y su exterminio selle.

Marzo de 1835.

(D. A. D. L. C.) (1).

(1) Del autor de los *Consuelos*.— Con estas iniciales se publicó esta composición en el núm. 1.º de la *Revista del Plata*, Montevideo 15 de Mayo de 1839. La revolución del Sur estalló en 29 de Octubre de este mismo año.

(Nota de D. Juan María Gutiérrez.)